

# Claves en la historiografía de José María Jover<sup>1</sup>

GUADALUPE GÓMEZ-FERRER MORANT

Catedrático Emérito Universidad Complutense de Madrid

Ante todo quería agradecer al Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala que haya tomado la iniciativa de realizar este acto. Y no puedo olvidar en este agradecimiento al profesor Peña, que creo es el responsable no solo de este homenaje sino de que yo misma haya tomado parte en él.

He participado varias veces en seminarios, tribunales, ciclos de conferencias o en seminarios bibliográficos. La primera fue hace casi veinte años invitada por un antiguo y brillante alumno, el profesor Alfonso Bullón de Mendoza. Y hoy me tomo parte en este homenaje no sé si en calidad de ser la más antigua de las discípulas o lectoras del profesor Jover o en razón mi cercanía. Es posible que por ambas cosas.

Lo cierto es que al ponerme a reflexionar acerca de cual podría ser mi aportación a las distintas palabras rigurosas y no exentas de afecto de los profesores que toman parte, en este homenaje, pensé que tal vez lo único que podría completar el análisis de los diversos aspectos que cada uno tratara fuese el de intentar señalar alguna de las que, a mi juicio, fueron las claves de su manera de entender la historia. Y puesta a la tarea, creí conveniente referirme también a algunas de las cuestiones recurrentes en su quehacer de historiador a lo largo de una vida larga y fecunda, testigo de muchos y profundos cambios en el horizonte intelectual y político del país. Cuestiones que fueron enriqueciéndose gracias a sus estancias en distintos centros universitarios europeos, en el contacto con distintas

---

<sup>1</sup> Este texto reproduce, aunque no exactamente, el "Prólogo" a la edición hecha por la profesora R. Ruiz Franco: *Pensar el pasado. José María Jover y la historiografía española*. Madrid. Biblioteca Nueva. 2012. 271 páginas.

historiografías, en el diálogo con otros compañeros y también en la relación continua que mantuvo con sus alumnos. Me refiero a unos temas que fueron objeto de consideraciones personales por parte de Jover hasta los últimos años de su vida, lo que indica que constituyeron el núcleo de unas preocupaciones y el centro de unas reflexiones permanentes de su quehacer intelectual. Reflexiones que en cierto modo podrían considerarse como su legado profesional. Por último pensé que a él –pudoroso de su vida personal pero satisfecho de sus logros familiares– le gustaría que no omitiera en esta ocasión un pequeño recuerdo a su familia. Así que de todo esto trataré en estos minutos en que voy a estar con ustedes.

## 1. Las claves

Comenzaré por las claves. Siempre se dice que es en la propia biografía donde pueden encontrarse las claves de las trayectorias personales. ¿Cuáles fueron las de José María Jover?

Me fijaré en tres, que a mi juicio explican al historiador que fue el profesor Jover. Sus creencias, el marco geográfico de su niñez y adolescencia, revivido y concienciado en sus continuos viajes a su Cartagena natal, y su experiencia de la guerra civil vivida en plena adolescencia.

### 1.1. Sus creencias

Tal vez sea bueno comenzar haciendo referencia al gran debate interior que tendría que librar, cuando apenas iniciada su carrera académica en un duro mundo de posguerra, se encuentra biográficamente encuadrado en un grupo de intelectuales que pronto recibió el nombre –de la mano de Vicens– de “Generación del Cuarenta y ocho”<sup>2</sup>. Se trataba de un grupo de jóvenes intelectuales que veían en Westfalia el comienzo de la decadencia de España, al ser derrotada “la utopía española de

---

<sup>2</sup> Se trata de un grupo de intelectuales católicos, muchos de ellos cercanos al *Opus Dei*, entre los que se encontraban Rafael Calvo Serer y Florentino Pérez Embid, que tuvieron gran influencia en la revista *Arbor*, y en otras empresas culturales del franquismo. Este grupo adquirió gran influencia en la vida cultural a fines de los años cuarenta. Por la cercanía a alguno de sus miembros y por su misma cronología muchos encuadraron a Jover dentro de este grupo. Vicens, que por otra parte, no fue ajeno al mismo, sino que al que le unían sólidos lazos (Vid. SAZ, I. *España contra España*. Madrid, Marcial Pons. pp. 394-396), lo denominó en una fase anterior: Generación del Cuarenta y ocho.

catolicidad universal”. Era un conjunto de intelectuales que se había embarcado en la aventura de recuperar para España la cultura católica como medio de rescatarla de la decadencia en que venía sumida desde el siglo xvii. Y con tal fin habían organizado en el Ateneo de Madrid dos ciclos de conferencias con un propósito cultural y político claro: evidenciar esta realidad y poner en marcha la recuperación de la cultura católica en un contexto político donde ésta gozaba de la máxima consideración. Es más, en un contexto político donde existía una imbricación absoluta entre cultura y política, y donde el uso interesado de la historia –más o menos consciente– podía ser una práctica bien considerada.

Jover, de conocidas creencias cristianas, con una cátedra de Historia Moderna y Contemporánea Universal recién conseguida en la Universidad de Valencia, fue requerido por el grupo, para participar en una de las tribunas del Ateneo en 1951 con una conferencia: “Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea”<sup>3</sup>. Era consciente de lo que se esperaba de él. Pero él no tenía la misma visión del proceso de la historia de España; incluso, me atrevería a decir, tratando de recrear aquel clima y atmósfera, que sus propias convicciones no le conducían por aquel camino. Y por eso seguramente, no sin un cierto y tal vez profundo debate interior, trataba de buscar otras vías para la recuperación de la historia de España. Ante todo quería hacer historia, le repugnaba hacer un uso interesado de la misma y buscaba reconstruir el proceso histórico por otros caminos. No creía que el liberalismo hubiera producido una escisión en España, ni intuía que el siglo xix fuera un siglo maldito, “negación del espíritu español”, sino que partía de la idea de que la historia es un proceso en el que había que rescatar lo eludido, lo olvidado, lo hurtado a la memoria y a la conciencia de los españoles. No creía que la conexión con Europa hubiera sido una fuente de males, y no entendía la historia de nuestro país como una historia encerrada en sí misma. Por ello juzgaba necesario ir en busca de ese siglo xix perdido, y ver también cual había sido la inserción de la historia de España en la historia de Europa.

---

<sup>3</sup> Esta conferencia publicada en Madrid (Ateneo) 1952 ha sido reeditada en varias ocasiones e incluida posteriormente en BARBERO, A. *et alii* (ed.), *Clásicos de Historia social de España: una selección crítica*. Valencia. UNED. Centro Francisco Tomás y Valiente y Fundación Instituto Historia Social. 2000. pp. 219-258.

En suma, en virtud de su cronología, de sus creencias y de su posición profesional, fue requerido para determinada labor histórico cultural, pero dio un quiebro a lo que se le pedía, y de puntillas pero con firmeza, inició una renovación historiográfica dentro de los límites a los que la propia circunstancia histórica le circunscribía. Y termino por donde he empezado. Esta divergencia con respecto a un ambiente marcado por un omnisciente catolicismo que trataba de impregnar cada acto y cada signo de la vida española, le debió producir un profundo malestar o debate interior, al sentir la tensión entre unas creencias y un quehacer intelectual, debate del que salió, superando las normas y convencionalismos religiosos, y “tirando palante” como él solía decir en lenguaje coloquial muy murciano, cuando veía claro un camino por espinoso que se presentara. Y en este caso era referible al de su oficio de historiador. Y como señaló recientemente el profesor Santos Juliá, con esta conferencia “se daba de baja, por así decir, de la generación del 48”<sup>4</sup>.

Años más tarde, en 1976, Jover hizo una autocrítica de este artículo, que consideró hijo en muchos aspectos de unas determinadas circunstancias; pero como confesaba en esa misma ocasión, con él esbozó un proyecto de trabajo que “no perdió para mí en años posteriores y de cara a horizontes distintos, toda su vigencia”<sup>5</sup>.

Y tanto el cristianismo como la honestidad profesional fue lo que impregnó de humanismo su interpretación y comprensión de la historia.

Tal vez sea oportuno recordar que Jover quería tener voz en el mundo académico y en el ambiente intelectual, pero ya había experimentado tras la publicación de su tesis doctoral que podía ser malinterpretado<sup>6</sup>; y en 1951, cuando pronuncia su conferencia en el Ateneo, tenía

---

<sup>4</sup> JULIÁ, S., “Abrir ventana en tiempo de autarquía”, en R. Ruiz Franco (ed., *op. cit.*), pp. 48-50, en las que el autor hace un fino análisis de esta cuestión.

<sup>5</sup> JOVER ZAMORA, J. M<sup>a</sup>., *Política, Diplomacia y humanismo popular*. Madrid. Turner. 1976. pp. 13-15.

<sup>6</sup> La aparición de su Tesis doctoral: *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación* (Madrid. CSIC) en 1949, en un ambiente de tensión suscitado por las oposiciones a cátedras de Historia en ese mismo año, promovió la crítica de Vicens –que tal vez no supo captar toda la complejidad de esta investigación– hacia este primer libro de Jover, que consideraba como la cima de la retórica imperial que había desarrollado la historiografía española durante esa década. Véase también a este respecto la nota 23 del artículo de Santos Juliá citado más arriba.

conciencia de que mas bien iba contracorriente. De ahí su interés por la búsqueda de una metodología y una precisa expresión conceptual.

## 1.2. Cartagena

Y también le marcó su Cartagena natal, por la que siempre sintió un profundo cariño que repartía entre la ciudad mediterránea y la capital de la región, cuna de los Jover.

Cartagena, ciudad profundamente clasista, en la que era muy visible el contraste entre la elite, formada por los marinos del Cuerpo General y la burguesía de negocios y las bajas clases populares, analfabetas y escasamente consideradas que habitaban determinados barrios<sup>7</sup>, fue seguramente también un ingrediente en esa necesidad de “abrir” ventanas que al joven e inquieto Jover se le presentó como ineludible a la hora de ponerse a reconstruir la historia de España.

Seguramente no podía explicarse aquella dicotomía. Ni entendía como había surgido. Y aunque era bien visible que a ambos grupos los separaban unas diferencias económicas y culturales, sin duda hubo de preguntarse cuál era el sistema de ideas, creencias y comportamientos que tenían aquellos distintos sectores sociales insertos en un mismo marco urbano, y qué papel desempeñaban en la historia y en la vida de aquella Cartagena. ¿Eran unos, los bienpensantes y acomodados que frecuentaban el Club de Regatas y el Casino los protagonistas de la historia? ¿Qué papel y qué función desempeñaban en el diario acontecer las clases populares? ¿No era Cartagena una ciudad habitada por todos, en donde la vida era posible gracias a la colaboración de los unos y los otros? Y eso, aunque unos fueran los visibles y otros los invisibles y silenciados.

Por lo demás, Cartagena era una ciudad de provincias muy marcada por los convencionalismos. Y seguramente también esto le dejó su huella. En la ciudad, lo importante para ser acogido y percibido como “gente de bien” era la apariencia: el tener vía libre para asistir a unos centros de sociabilidad bien delimitados socialmente, desde los cuales las jóvenes podían establecer sus compromisos matrimoniales y los jóvenes

---

<sup>7</sup> Recuérdese por ejemplo el de Santa Lucía.

eran vistos como futuros partidos u “hombres de provecho” y de futuro<sup>8</sup>. De ahí posiblemente su decisivo interés por la historia social, que encontró en Braudel unas sugerencias y un método –ante el que mantuvo también sus reservas– para encauzar sus propios interrogantes, en cuyas respuestas él llegará más lejos, al tratar de reconstruir cómo se refractaban en los distintos grupos sociales unos condicionamientos<sup>9</sup>.

Y todavía una cuestión más. Cartagena era una ciudad relativamente pequeña en la que todos se conocían, una ciudad cosmopolita, abierta al mar, en la que residían desde el xviii numerosas familias de origen italiano como los Spottorno<sup>10</sup> o cónsules extranjeros con cuyos hijos se relacionaba diariamente en el colegio. Pero además, Cartagena quedaba más cerca de Orán que de Madrid, y como él recordaba a menudo, en los días mediterráneos de buena visibilidad, era posible divisar la ciudad africana desde alguna de las colinas que flanquean el puerto. Y también el paisaje era en muchos parajes plenamente africano. Por lo demás, la emigración temporera a Francia e incluso a América no era algo insólito. En fin, la plaza de los Héroe de Cavite con su correspondiente monumento, en el inicio de la calle Mayor, enfrente del elegante ayuntamiento modernista y al borde del puerto, era un recuerdo permanente de los vínculos existentes con las tierras del otro lado del Atlántico. Y pienso, que todo este conjunto de experiencias vividas cotidianamente, le llevaron a tomar conciencia de que España no podía entenderse encerrada en ella misma, sino que era preciso abrirla a un contexto mediterráneo, europeo y universal. Y de ahí pudo surgir también su interés por encuadrar la historia de España en la historia de Europa y en la historia universal.

<sup>8</sup> BLASCO IBÁÑEZ emplea la muy significativa expresión de “personas decentes” para contraponerla a la de los “parias dedicados al trabajo”, cuando se refiere al afán de la protagonista de *Arroz y tartana* (1894), de entrar en los círculos socialmente bien considerados de la sociedad valenciana. Y esta mentalidad que el escritor valenciano expresa viva a fines del xix, se mantenía en la Cartagena de los años treinta y cuarenta del siglo xx.

<sup>9</sup> Vid. por “Por una historia de la civilización española” que junto al Prólogo que escribiera al volumen xxiv de la Era isabelina –tomo xxiv de la Historia de España Menéndez Pidal–, se publica con el título de *La civilización española a mediados del siglo xix*. Madrid. Espasa Calpe Colección Austral. 1992. En él ofrece un conjunto de categorías analíticas para percibir y detectar este conjunto de vivencias y actitudes.

<sup>10</sup> JOVER ZAMORA, J. M<sup>a</sup>., *Los Spottorno: esbozo de una historia familiar*, en “Revista de Occidente”. nº 152. Enero 1994.

### 1.3. La guerra civil

Él mismo se refirió a ello en varias ocasiones en conversaciones privadas y públicas. Y afirmaba que fue ese acontecimiento vivido en plena adolescencia lo que orientó su carrera profesional hacia la historia. Afirmaba en 1996: “Por tradición familiar, y en buena parte por mi vocación de adolescente, yo estaba destinado a ser médico (...) pero la guerra civil (...) me hizo vivir la historia como algo infinitamente más complejo, dramático y real de lo que dejaban traslucir los relatos convencionales y memorísticos de los manuales. Los aspectos políticos, internacionales, éticos y humanos de la guerra me conmovieron profundamente; me dieron materia de reflexión para el resto de mi vida, y me empujaron, decididamente, hacia el estudio de las Humanidades y de la Historia”<sup>11</sup>.

Creo que vale la pena detenerse un poco en esto. A mi juicio, la guerra civil no solo dio un viraje a su orientación profesional –de la medicina a la historia– sino que le proporcionó una serie de elementos que le sirvieron para establecer sólidos fundamentos tanto para su concepción de la historia como para su dedicación preferente a determinados sectores de la misma.

Me refiero a que él, que la vivió en un ámbito geográfico gobernado por la República, fue testigo de la violencia propia de una contienda: su recuerdo de una mujer arrastrada por las calles de Cartagena o la muerte de los marinos del España perduró siempre muy vivo en su memoria, por solo referirme a dos hechos. Pero vivió también la inmensa solidaridad que presidió las relaciones humanas por debajo o por encima de las ideologías. En su propia familia, los hijos de una hermana de su padre tomaron distintas opciones políticas, y en una casa presidida por la imagen del Sagrado Corazón convivía el comunista y los afectos al bando franquista. Pero no solo en el ámbito familiar en el que los lazos de sangre podrían explicar las solidaridades; sino que en su inquieto deambular juvenil, hay una anécdota que él recordaba siempre, seguramente porque le marcó profundamente. Se había librado de ir a filas por ser un muchacho de 16 años de perfil débil, máximo tras unas recientes tifoideas. La

---

<sup>11</sup> MORALES, A., “Entrevista a José María Jover”, en *Nueva Revista*. Madrid. 1996. pp. 16-17.

familia se había trasladado de Cartagena –muy castigada por los junkers alemanes– a Alcantarilla, distante 13 kilómetros de Murcia, donde vivía la familia paterna –verdadero clan familiar–, que los acogió en aquellas difíciles circunstancias. Pues bien, a él le gustaba ir a Cartagena cuando le era posible. Y en uno de estos viajes, fueron unos anarquistas los que le invitaron a subir a su camión. Se entabló conversación y al enterarse de su circunstancia, le dijeron: “¡tú lo que necesitas es un buen arroz con conejo!”, y pararon en pleno puerto de la Cadena –situado entre las dos ciudades murcianas– y entraron en la Venta de la Virgen para que el joven muchacho que era José María Jover en aquel entonces, se alimentara.

Y pienso que este acontecimiento marcó su necesidad de poner caras y nombres, y no entender al pueblo ni a los hombres que integraban los distintos partidos como una colectividad anónima. Tal vez, ese acto de “compasión” y de “solidaridad” del que fue objeto, pudo constituir uno de los primeros gérmenes de ese humanismo popular del que dejó continuamente testimonio en su tarea profesional e informó su concepción de la historia. Y esa “compasión” y “solidaridad” la enlazaba con toda naturalidad con su vivencia cristiana, ¿qué otra cosa era la parábola del buen samaritano, a la que aludió en más de una ocasión en su obra?

En la óptica de Jover, son palabra suyas, “El pueblo, la ‘clase’ estaba constituido por personas –a las que se trata de comprender desde su ‘complejo vital’– en las que a lo largo de la centuria, se impone muchas veces la valoración del ‘tu’ sobre la valoración del partido: y es que ‘se puede ser en el siglo XIX español carlista, liberal, bandido, republicano, patrono, jornalero o guardia civil’. Pero la clave de la valoración del prójimo está en contemplarlo, en ‘verlo’, en ‘comprenderlo’ en su humana totalidad, pero teniendo en cuenta lo esencial, porque, por encima de todas aquellas cosas se puede ser, ‘y esto es lo que importa cuando no bulle la sangre buena o mala persona’”.

Seguramente todas estas cuestiones, no se las formuló el joven Jover en sus años veinte, cuando, lleno de ilusiones, se encaminó hacia el descubrimiento de la historia de España; pero estaban en lo hondo de su persona, y a mi juicio constituyen claves ineludibles a la hora de entender su concepción de esta disciplina y el papel que el historiador

tiene en la sociedad. Un doble papel que él entendió siempre en su doble vertiente de investigador y docente<sup>12</sup>.

En cuanto al siglo XIX se refiere, ya en enero 1951 en una reunión en El Escorial, explicita su propia concepción de la historia; concepción, que en su óptica, debía abarcar “los hechos referentes a *todos* los grupos sociales del pueblo español”<sup>13</sup>. Y en abril de ese mismo año afirma en su conferencia del Ateneo que se propone bosquejar “una de las líneas maestras del XIX europeo en su versión española”<sup>14</sup>. Jover, no creía en esencialismos ni pensaba que fueran solo las elites o las clases dirigentes las protagonistas de la historia, sino que creía firmemente que el protagonismo de la misma correspondía al conjunto de la población, y que ésta, en su inmensa mayoría, se encontraba constituida por las clases populares. Por eso, en su afán de conocer a todos esos protagonistas de la historia de España para darles voz y ponerles cara, recurre ya en su etapa juvenil a Galdós, al que siempre consideró su gran maestro. Posteriormente continuará frecuentando otras fuentes literarias.

Afirmaba el profesor José Antonio Maravall en su discurso de contestación a Jover con motivo de su entrada en la Real Academia de la Historia, que había en su obra “Nuevos enfoques, nuevas preguntas (...) Nueva orientación de los focos, nuevos reflejos que con ello se captaran en aspectos no vistos”<sup>15</sup>. Me permitiría añadir una apostilla: el recurso recurrente a la fuente literaria. Al valor que tenía el análisis de la literatura desde la perspectiva del historiador se refirió en diversas ocasiones, y también a su calidad de fuente “tan indispensable como insustituible”<sup>16</sup>. El profesor Cuenca a ha recordado recientemente la estrecha relación

---

<sup>12</sup> Su perfil como docente fue recogido con una gran riqueza de matices y una finura exquisita por el profesor SÁEZ, P. Vid., “La piedra en el estanque: el magisterio invisible del profesor Jover”, en RUIZ FRANCO, R. (ed.), *op. cit.*, pp. 71-94.

<sup>13</sup> Me refiero a la reunión celebrada en El Escorial enero de 1950, con objeto de preparar un proyecto sobre una Historia Moderna del Mundo Hispanoamericano, que posteriormente no llegó a concretarse.

<sup>14</sup> JOVER ZAMORA, J. M<sup>a</sup>., *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*. Publicada por primera vez en el nº 6 de la colección “O crece o muere”. Madrid. 1952.

<sup>15</sup> JOVER ZAMORA, J. M<sup>a</sup>., *Realidad y mito de la Primera república*. Madrid. Espasa Calpe. 1991. p. 17.

<sup>16</sup> JOVER ZAMORA, J. M<sup>a</sup>., *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*. Madrid. Turner. 1976. p. 37

que Jover mantuvo con la literatura en su persistente intento por captar las mentalidades y los componentes de una civilización<sup>17</sup>.

## 2. Su legado profesional

Me he referido a las claves, basándome exclusivamente en mi personal reflexión a partir del conocimiento de las propias vivencias del profesor Jover, más o menos elaboradas por él y en muchas ocasiones deducidas por mí misma. En este segundo apartado, al referirme a su legado profesional, voy a recurrir a afirmaciones suyas, recogidas en conversaciones personales, en reflexiones escritas o en alguna entrevista concedida durante el segundo lustro de los años noventa. De entre estas, muy especialmente me refiero a la que le hiciera el profesor Antonio Morales en 1996<sup>18</sup>, la de Santos Juliá<sup>19</sup> en 1998, y a la que le hizo Gonzalo Ugidos en 1999<sup>20</sup>.

Agruparé en tres cuestiones los apartados que a mi juicio orientaron su quehacer de historiador. En primer lugar, sus reflexiones relativas al sujeto, que hacen referencia a él mismo, a los alumnos a los que dirigió su docencia y a la sociedad española en general; en segundo lugar, los ejes que vertebraron su quehacer de historiador: su utopía de la historia integral, la idea de España como “nación de naciones”, la recuperación de la historia de la civilización y la historia de la política exterior de España y de las relaciones internacionales; y en tercer lugar, los territorios que fueron objeto de su obra: España, Murcia y ultramar.

---

<sup>17</sup> CUENCA TORIBIO, J. M., “Historia y literatura en la obra de José María Jover”, en RUIZ FRANCO, R. (ed.), *op. cit.*

<sup>18</sup> *Nueva Revista* Madrid. Febrero-marzo. 1996.

<sup>19</sup> *El País*, 30 de mayo 1998.

<sup>20</sup> *Gaceta Complutense*, 16 de marzo 1999. Se publica un extracto, el original más extenso obra en mi archivo y de él he tomado las referencias.